

es que la vida pública ya no se muestra sino donde no debiera mostrarse, y ha dejado de desarrollarse allí donde se la debiera encontrar según la ley. ¿A qué debe atribuirse esto? A que las leyes han limitado el ejercicio de todos los derechos políticos á una sola clase, en la cual todos los miembros, iguales siempre entre sí, han continuado iguales como eran, y en un mundo político constituido así, difícilmente pueden encontrarse partidos políticos verdaderos; no se encuentran ni la variedad, ni el movimiento, ni la fecundidad ni la vida, cosas todas éstas que los países libres deben á los partidos. Los grandes partidos fueron los que dieron á la vida pública durante nuestra primera y grande revolución tanto lustre é ímpetu; á ellos y solo á ellos hay que atribuir el desarrollo exuberante y fecundo del espíritu público en aquel tiempo. Mirada desde lejos y en conjunto la revolución francesa desde 1789 hasta 1830 parece una lucha continua entre la nobleza feudal y la clase media. Estas dos clases estaban separadas por antiguas diferencias de condicion, de vida, de recuerdos, intereses, pasiones é ideas. Esto debía dar y dió origen á grandes partidos, pero finalmente vinieron los sucesos de 1830 que arrebataron el poder definitivamente á la nobleza feudal y lo entregaron y encerraron dentro de la clase media. Entonces nació en el mundo político súbitamente una calma para la cual las personas superficiales no estaban preparadas. La igualdad sorprendente que desde entonces empezó á establecerse entre todos los que se hallaban colocados por encima del pueblo, quitó de un golpe á las luchas parlamentarias todo motivo serio y toda pasión verdadera. De esto nació la nueva corriente, aquel letargo que se observa en nuestra vida pública. Lo que se llama el país legal no había nacido todavía en la nación y no ha podido consolidarse en el parlamento. El vacío inmenso que observamos en los debates parlamentarios, la impotencia de los políticos que los dirigen, la atmósfera pesada y bochornosa que envuelve la tribuna y que parece apagar los discursos que allí se pronuncian, todo esto viene de la causa indicada. El talento de los oradores es grande, pero el efecto de sus discursos es insignificante y dura poco; en realidad se disputa mas por palabras que por ideas, y por mucho que se afanen los oradores por dar importancia á las diferencias y envidias que les separan, no consiguen hacer ver en qué sus procedimientos, si llegaran á gobernar, se diferenciarían de los procedimientos de sus contrarios. La nación vé en ellos no tanto adversarios políticos que discurren sobre sus negocios, como niños, hijos de una misma familia, que discuten pequeños intereses domésticos. La nación al escucharlos se adormece ó se entrega á sus pensamientos propios.»

A esta vida retirada y monótona pronostica Tocqueville en su manifiesto un pronto y seguro fin, y añade que á la lucha por el poder seguirán la de lo mio contra lo tuyo y la cuestión de si la propiedad es un derecho ó no. A los que poseen advierte que no crean su derecho de propiedad protegido por un baluarte inexpugnable. «Nuestro tiempo no se parece á ningún otro tiempo,—dice,—mientras el derecho de propiedad era la fuente y causa primordial de donde nacieron muchos otros derechos, era fácil defenderlo, ó mejor dicho, no fué atacado; entonces constituía el muro de recinto de la sociedad, del cual eran todos los demás derechos puestos avanzados. A él no llegaban los embates, ni siquiera se trató de llegar á él. Mas hoy, cuando el derecho de propiedad, á pesar de ser tan sagrado, parece ser el último resto de un mundo que ha desaparecido, un privilegio aislado en medio de una sociedad nivelada; hoy que este derecho está asegurado solo por otros derechos mucho mas discutibles y odiados, ha perdido, á lo menos por algún tiempo, su posición inaccesible; hoy tiene que resistir solo un día tras otro los

embates directos é incesantes de las opiniones democráticas. No cabe dudar que pronto estallará la lucha política entre los que poseen y los que no poseen. La propiedad será el gran campo de batalla y las cuestiones capitales de la política girarán al rededor de las modificaciones mas ó menos radicales que haya de sufrir el derecho de los que poseen. Entonces volveremos á ver en actividad á los grandes partidos y presenciaremos sus grandes batallas. ¿Cómo es que los precursores de este porvenir no llaman la atención de todo el mundo? ¿Se cree que es por mera casualidad ó por un capricho fugaz del espíritu humano por lo que en todas partes salen á la superficie doctrinas extravagantes que adoptan nombres diferentes pero que todas llevan el sello comun y principal de negar el derecho de propiedad, y todas sin excepción tienen por objeto el limitar, reducir y debilitar el ejercicio de este derecho? ¿Quién no vé en esto el indicio de aquella enfermedad democrática de otros tiempos, cuya crisis acaso se acerca?»

Al llegar á este punto era el propósito de Tocqueville, según parece, pasar revista á los sistemas socialistas de Owen, Saint-Simon y Fourier, y á las ideas esparcidas en los escritos de Luis Blanc, en novelas, en hojas sueltas y en folletines de periódicos, porque dice que estas cosas se miraban sin razon como poco importantes, pues que si los libros de tales innovadores estaban escritos á menudo en lenguaje bárbaro ó ridículo, y si sus propósitos parecían irrealizables, la tendencia que revelaban en el espíritu de sus autores y lectores no dejaba de ser muy amenazadora y de merecer la mas seria atención. En una palabra, Tocqueville vió acercarse lo que en efecto vino, á saber: una revolución que parecia política y que en realidad era social, y quiso evitarla ó cuando menos quitarle parte de su fuerza por medio de reformas sociales é inteligentes hechas en tiempo oportuno y espontáneamente.

Poseído de estas ideas entró en la gran batalla oratoria que desencadenó Luis Felipe en la cámara con su último discurso del trono. En su discurso del 27 de enero completó Tocqueville el cuadro de la situación de Francia trazado en su proyecto de manifiesto, y lo que se vió forzado á decir de la indignidad moral de la clase en cuyas manos se hallaba el gobierno, despues de haber pintado la impotencia, nulidad y esterilidad de cuanto hacia, no dejó duda de la sinceridad y del sentimiento profundo con que manifestó que por primera vez desde diez y seis años le causaba serios temores el porvenir y que igual temor observaba en la cámara y en todo el país. La fe en lo existente estaba profundamente marcado de un derrumbamiento, de algo «que tantas veces ha anunciado revoluciones y que á veces las ha originado.» Indicó el hecho, demostrado todos los días por los tribunales, de la degeneración espantosa de la moralidad pública y privada, justamente en aquellas esferas que con la propiedad exclusiva de los derechos políticos habían recibido también el deber de distinguirse por sus virtudes cívicas. «¿Qué impresión,—preguntó,—ha de producir esto en las clases que no tienen derechos y que condenadas por nuestras leyes á la ociosidad política, nos ven trabajar solos en el gran escenario en que nos hallamos? Cuando pienso en esto me espanto. Se dice que no existe ningún peligro porque no ocurren motines, porque la superficie de la sociedad no indica ninguna turbación del orden, y que por esto estamos lejos de revoluciones. Permítaseme contestar que los que esto dicen se engañan. Es cierto que no existe desorden material, pero el desorden moral ha penetrado muy profundamente en los ánimos. Observemos lo que pasa en el seno de las clases obreras, que en el día, lo concedo, están quietas. Es verdad

que ya no se hallan sacudidas por las pasiones políticas tanto como en otro tiempo, pero ¿no vemos que sus pasiones políticas se han trocado en sociales? ¿No se observa que en estas clases se extienden cada día mas opiniones é ideas que aspiran no solamente á derribar determinadas leyes, ciertos ministros y una constitución, sino también á destruir la sociedad, á conmovier los cimientos en que descansa? ¿No oyen los señores diputados lo que diariamente se predica entre estas clases y que allí se repite sin cesar, que todo lo que está encima de ellas es inepto é indigno de gobernar, que la distribución de bienes tal como está hoy es injusta, que la propiedad descansa sobre bases que no están conformes con el derecho? ¿Y no creen que tales opiniones si echan raíces, si se generalizan y penetran en las masas, han de producir forzosamente mas ó menos tarde, no sé cuándo ni cómo, los mas terribles trastornos? Esta es, señores, mi convicción profundísima; yo creo que en este momento nos adormecemos sobre un volcan.»

Seguidamente el orador analizó la parte que había tomado el gobierno en la invasión de este mal y atribuyó su causa al procedimiento empleado y seguido tenazmente por los ministros para asegurarse en el poder y formarse un partido, encadenando los intereses particulares por medio de la explotación del egoísmo de las personas y fomentando aquellos instintos innobles cuyo dominio significa la desmoralización del espíritu público. «Solo un ejemplo, dijo, citaré para probar lo que quiero decir; es el de aquel ministro á quien no quiero nombrar (1), que fué llamado á formar parte del gabinete cuando sus colegas y la Francia entera sabían que era indigno de sentarse entre sus miembros; que salió del ministerio porque su indignidad se hizo pública y que despues fué colocado, ¿dónde? en el primer puesto á la cabeza de la administración de justicia, de donde tuvo luego que bajar para sentarse en el banquillo de los acusados.» Dijo el orador despues que creía sin esfuerzo que ministros personalmente decentes no se valían de semejantes individuos y de tales medios por gusto, sino que procedían ó creían proceder así á la fuerza; pero que una vez colocados en tal pendiente, ya no podían volver atrás aunque quisieran, y en esto se conocía la fatalidad que los impulsaba al abismo.

«Cuando comparando tiempos y pueblos investigo,—continuó Tocqueville,—la causa que ha producido la caída de clases gobernantes, encuentro sin duda tal ó cual suceso, tal ó cual hombre ó motivo casual ó exterior; pero creedme, señores, la única causa verdadera y positiva que quita á los hombres el poder es que se han hecho indignos de ejercerlo. Acordémonos de la monarquía antigua: era mas fuerte que la actual, mas sólida por su origen; estaba apoyada mas firmemente que la nuestra sobre usos, costumbres y creencias antiguas; y sin embargo, quedó reducida á polvo. ¿Y por qué? ¿Se cree que esto fué obra de un solo hombre, del déficit, del juramento del Juego de pelota, de Lafayette ó de Mirabeau? No, señores. La causa era mas fundada y mas honda, á saber: era que la clase dominante entonces, por su negligencia, su egoísmo y sus vicios se había hecho incapaz é indigna de gobernar. Esta fué la causa verdadera de su caída. En todo tiempo, señores, es bueno tener temores patrióticos, y ¡cuán grandes y motivados no son los que debe inspirarnos la situación en que nos hallamos! ¿No siente la cámara instintivamente, sin poderse explicar, pero sin estar por esto menos segura de ello, que el suelo de la Europa vuelve á estar en movimiento? ¿No percibe el hábito de

(1) Se refirió á Teste, que fué ministro de Obras Públicas y despues presidente del tribunal de Casación, convicto de haberse dejado sobornar cobrando 94,000 francos y condenado á tres años de prisión y á la pérdida de los derechos civiles.

la revolución que está en la atmósfera, hábito del cual no se sabe de dónde procede ni lo que se llevará? ¿Y en tales tiempos se puede mirar con tranquilidad la prostitución de la moralidad pública? No es demasiado fuerte esta expresión, porque hablo sin encono y hasta sin espíritu de partido; ataco á hombres á los cuales no profeso rencor, pero al fin debo decir á mi país mi convicción firme y profunda, y es que las costumbres públicas van decayendo y que esta degeneración de costumbres nos conducirá en un plazo corto, quizás inmediato, á nuevas revoluciones. ¿Pende acaso la vida de los reyes de hilos mas fuertes y mas resistentes que la vida de los demás hombres? ¿Estamos en este momento seguros de ver el día de mañana? ¿Sabemos lo que puede pasar en Francia desde hoy á un año, á un mes, á mañana quizás? Esto nadie lo sabe, pero lo que se sabe es que la tempestad está en el horizonte y se mueve en dirección nuestra, y ¿nos dejaremos sorprender por ella?

»Se ha hablado de modificaciones legislativas y me inclino á creer que no solamente son útiles sino necesarias; creo útil la reforma electoral, urgente la del parlamento; pero no soy tan corto de talento que no sepa que no son las leyes por sí solas las que deciden los destinos de los pueblos; no, no es el mecanismo de las leyes el que mueve los grandes sucesos del mundo; lo que origina estos sucesos es el espíritu del gobierno. Conserve la cámara sus leyes si quiere, quédese también con las personas si esto le place, pero por amor de Dios cambie el espíritu del gobierno, porque este espíritu, lo repito, conduce á todos al abismo (2).»

Este discurso habría merecido por su gravedad ser tomado en consideración muy seria, porque los hechos en que se apoyaba eran públicos, las conclusiones eran tan lógicas como abrumadoras, y hasta durante los debates de la contestación al discurso del trono se habían hecho nuevos descubrimientos y habían venido confirmaciones oficiales que aumentaron la indignación hasta el último grado. La continuación del sistema de gobierno era ya moral y lógicamente imposible. Esta impresión fué tan general, que el mismo día 12 de febrero, en que el ministerio francés, cargado de ignominia, obtuvo un voto de confianza de su obediente pero ya algo taciturna mayoría, profetizaron su caída inmediata muchos oradores en la cámara de diputados del pequeño Estado vecino alemán de Baden, sin que ni una sola voz se levantara contra esta profecía.

Toda persona despreocupada comprendía la imposibilidad de que continuara aquel sistema, que la obstinación del rey y del ministerio se empeñaba en mantener. La monarquía de julio era obra de la clase media opulenta, que la había armado en 1835 con leyes excepcionales. En esto estribaba toda su legitimidad. Era la obra de una parte de los diputados elegidos por los 220,000 franceses que gozaban entonces del derecho electoral. La nación como entidad colectiva había dejado hacer y había aceptado el resultado sin ninguna muestra de aprobación ni de desaprobación. La nueva monarquía fué, pues, la monarquía de un partido, y como nada hizo en el terreno social, no pudo elevarse nunca á monarquía verdaderamente nacional. Luis Felipe, colocado en terreno tan circunscrito, aprovechó toda la influencia que le daban las leyes de 1835 para favorecer su política puramente personal, y fomentando otros intereses también individuales formó todo un sistema hábilmente organizado pero dirigido sin escrúpulo para robustecer y consolidar su posición. Bien se hacia cargo de que esta política interesada y personal no había de ser muy del gusto de la clase que en provecho propio le había

(2) Véase el *Moniteur* del 28 de enero de 1848 y las *Oeuvres complètes de Tocqueville*, tomo IX, págs. 520-535.

sentado en el trono; pero calculó, y calculó bien, que el temor á la revolucion, el miedo al espectro rojo serviría de contrapeso al disgusto y á la ira de la clase media, que confiada en las bayonetas de su monarca le dejaba hacer sus negocios personales. Léos estaba el rey de prever que este temor menguaría y que los hombres de la clase media para hacer caer á un ministerio, á fin de aumentar el número de electores y sacar de la cámara algunos funcionarios y empleados del gobierno, formarían alianza con partidos enemigos de la monarquía, de la sociedad y hasta del derecho de propiedad. Para cuantos veían y comprendían el alcance de esta alianza, el rey, desde la campaña de los banquetes de reforma, era hombre al agua, y así lo comprendió también el mismo rey cuando no pudo hacerse ya ilusiones respecto de la alianza. En vista de la tempestad que se estaba preparando para el 22 de febrero de 1848, ya no tuvo otro cuidado mas que el de esperar lo que haría la guardia nacional, es decir, la clase media armada, que en las luchas callejeras de 1832 y 1834 se había conducido con tanto valor como fidelidad. En efecto, el 22 de febrero debía celebrarse un banquete de reforma con una procesion cívica, á la cual la oposicion habia invitado á la guardia nacional; Luis Felipe y su gobierno vacilaban entre si debían impedir la manifestacion con simples amenazas y ostentacion de fuerza ó si debían tratarla como sublevacion y reprimirla con las armas. Jacqueminot, el jefe de la guardia nacional, contestó al ser preguntado por el estado del espíritu de los que la componían: «Toda duda seria un insulto; montaré á caballo y 50,000 hombres de la guardia nacional me seguirán adonde yo les conduzca.» El desengaño que en los días 23 y 24 de febrero dió esta fuerza cívica fué inmenso y dejó al rey anadado. La guardia nacional, llamada por la mañana del día 23 con el toque de generala á sus respectivas alcaldías de distrito, se había presentado y formado completamente armada en los puntos designados, pero no para defender al ministerio contra los obreros, los estudiantes y los alumnos de la Escuela Politécnica, que estaban levantando barricadas y se preparaban al combate, sino para colocarse al grito de «¡viva la reforma! ¡abajo los ministros!» entre las tropas y los sublevados, impedir la efusion de sangre y desarmar así al gobierno. Al saber esto, decidió el rey ceder y sacrificar al ministerio Guizot-Duchatel antes de tener que hacer sacrificios mayores. A las tres y media de la tarde, Guizot anunció en la cámara que el rey había llamado al conde de Molé para encargarle la formacion de un nuevo ministerio, cosa contraria á las reglas parlamentarias, que hacen depender estos cambios de la mayoría de la cámara. En su terror olvidó Luis Felipe su propia obra y prescindió de la mayoría, comprada con tan grandes sacrificios.

Por la noche del mismo día muchos tenderos y otros dueños de establecimientos abiertos de los bulevares celebraron la caída del ministerio con brillantes iluminaciones; pero quiso la desgracia que en aquellas horas ocurriera un choque sangriento entre la tropa y los obreros, que cambió toda la situacion (1). El ministerio Molé no llegó á formarse, y Thiers, que con Odilon Barrot se encargó de la formacion del nuevo gabinete, echó á perder el plan del mariscal Bugeaud con su orden de suspender el fuego, lo que obligó á las tropas á replegarse mientras las masas del pueblo avanzaban hácia las Tullerías.

Por la mañana del día 24, estando el rey con su familia

(1) Según está probado, un sargento disparó su fusil contra un obrero, el cual provocaba á un teniente coronel que mandaba la tropa formada, queriendo quemarle la barba con su hacha de viento encendida. Esta fué la señal de la lucha. Pedro de la Gorce: *Histoire de la seconde république*, Paris, 1887; Máximo de Camp: *Souvenirs de 1848*, pág. 57.

almorzando, llegó á las diez y media la noticia de que los sublevados estaban á punto de coger el palacio entre dos fuegos, porque por un lado habían llegado ya al Palais-Royal y por el otro empujaban á las tropas del general Bedeau hácia la plaza de la Concordia, en un estado de disolucion increíble. En este momento crítico el rey decidió pasar personalmente revista á los medios de defensa que le quedaban, se puso el uniforme de teniente general de la guardia nacional y bajó á la plaza á pasar revista á sus tropas fieles, por última vez, como lo hizo también por última vez Luis XVI en 10 de agosto de 1792. Estaban allí formados, además de la guardia nacional, algunos miles de tropa de línea que no se habían retirado todavía ante el pueblo, como las columnas enviadas por el mariscal Bugeaud en la madrugada al interior de la ciudad. El rey empezó su revista por la guardia nacional á fin de conocer su espíritu y no llegó á los regimientos de tropa regular. La primera y segunda legion de la guardia nacional dieron vivas al rey entremezclados con vivas á la reforma; estos fueron en aumento y al llegar á la cuarta legion solo se oyeron gritos sediciosos y de odio. Entonces perdió el rey su compostura, porque conoció que estaba perdido, volvió súbitamente grupas y como un criminal fugitivo entró en palacio, dejando estupefactos á los generales Trezel, Bugeaud y Lamoricière que le acompañaban.

Luis Felipe, que contaba entonces 75 años, había dado siempre pruebas de valor personal y de desprecio de la muerte, pero su abdicacion demostró que en aquellos momentos le faltó el valor moral para pedir á sus súbditos el sacrificio de sus vidas. Su conciencia turbada no le permitió decirse: «¡Qué! ¡El Estado soy yo!» y proceder en consecuencia ejerciendo el derecho supremo del soberano. Después de haber faltado á la monarquía antigua, no había sabido dar á la nueva que se le había entregado el sello de elevacion y de nobleza indispensable para que fuese digna de sí misma y del trono que la representaba. Esta conviccion solo entró en el ánimo de Luis Felipe cuando su trono tan súbitamente elevado empezó á oscilar, y viéndose colocado en la alternativa de elegir entre la abdicacion y la lucha armada, se decidió por la primera. Se apoderó de él una especie de tétano de su facultad volitiva que seria inexplicable si no fuese atribuyéndolo á su mala conciencia, porque todavía le quedaban medios de resistencia superiores. Abdicó á favor de su nieto, el conde de Paris; pero la cámara arrebató al nieto la herencia, como su abuelo había escamoteado al duque de Burdeos el trono que le había dejado Carlos X.

CAPITULO II

LA AURORA DE LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS ALEMANES

Los debates de la segunda cámara del gran ducado de Baden en la sesion del 12 de febrero de 1848 se elevan á la categoría de suceso histórico, porque en ellos se refleja la situacion general con todas las diversas corrientes á que obedecían los hombres de entonces. Dió lugar á estos debates la proposicion del diputado Bassermann encaminada á que la cámara presentara al soberano el gran duque una peticion ó exposicion con el fin de que procurara de la manera mas á propósito que la nacion alemana estuviese representada por sus cámaras de estamentos en la dieta ó consejo federal de Francfort, para lograr de esta manera una legislacion y disposiciones gubernativas comunes á toda la nacion alemana. Ya en el año 1831 el diputado Carlos Welcker había presentado en la misma cámara igual proposicion; pero entonces el gobierno no quiso permitir que este diputado la apoyase, y

cuando la cámara le concedió la palabra á pesar del gobierno, los siete ministros del gran duque se retiraron ruidosamente del salon seguidos del presidente, de dos secretarios y de varios otros individuos. El vice-presidente Rotteck ocupó la presidencia, el tercer secretario ocupó el sitio de los otros dos, y aquel diputado pudo exponer lo que quiso en apoyo de su proposicion; mas su discurso no figuró en el diario de las sesiones ni en los periódicos, y fué menester para su publicacion hacerlo imprimir en Suiza. Tampoco su proposicion llegó á ser discutida en la cámara, y el vice-presidente dijo al orador cuando éste hubo concluido: «Ya que la proposicion no puede pasar á las secciones de la cámara, la dirijo á las secciones de la nacion alemana; la prensa libre informará y la opinion pública fallará.»

Desde entonces habían pasado 17 años y no habían variado en nada ni el carácter ni la política interior de la confederacion y del consejo federal; como que pocos dias antes, el 8 de febrero de 1848, las comisiones reunidas de los estamentos provinciales habían aprobado por 66 votos contra 28 un artículo del código penal por el cual era calificado de crimen de alta traicion en Prusia toda empresa que tuviera por objeto disolver la confederacion alemana ó modificar su constitucion. Por dura, irracional y anti-prusiana que parezca esta disposicion, era muy conforme al espíritu del derecho federal, del cual se podía decir como de la orden de los jesuitas: *Sit ut est, aut non sit*; tanto que toda proposicion hecha á la asamblea ó consejo federal á favor de una representacion nacional ya directa, ya de las cámaras de los Estados constitucionales, era considerada desde luego como un acto revolucionario, porque por limitadas que fuesen las atribuciones de la representacion, tal proposicion implicaba una variacion completa del derecho de los Estados fijado en 1815. Los príncipes soberanos y las ciudades libres eran segun el acta federal los dueños absolutos; ¿cómo había de haber otro dueño sin mermar el derecho soberano de aquellos, siendo cabalmente el verdadero aunque no expresado espíritu del acta federal el tener al pueblo alemán privado de todo asomó de soberanía?

Por otra parte, el proponente Bassermann en apoyo de su proposicion presentó un cuadro político apoyado en hechos innegables, cuadro tan vergonzoso, indigno, anti-natural é imposible, que la proposicion venia á ser sin quererlo la expresion cortés del deseo de ver desaparecer del todo la asamblea federal, porque cualquiera otra cosa que la sustituyera seria tanto mejor cuanto menos se pareciera á aquella. El orador se guardó muy bien de decir esto; por el contrario, dijo que la realizacion de su proposicion era muy factible y seria un verdadero renacimiento de la asamblea federal, que en la representacion nacional tendria entonces el poder supremo, sin el cual una autoridad suprema como la suya ningun bien puede hacer á la nacion.

El orador estaba muy engañado al creer tan fácil la realizacion de su proposicion y al suponer que solo necesitaba buena voluntad y resolucion; pero su error era entonces general, como lo era el relativo á toda la cuestion alemana, y general era también la creencia que expresó al final de su discurso en estos términos: «A orillas del Sena como á las del Danubio marchan á su ocaso las soberanías artificiales. Solo lo bueno y lo justo son, aunque invisibles, los que traen la imperecedera soberanía (1).» Una voz interior que no se equivoca decia á los pueblos á ambos lados del Rhin y de los Alpes que en ninguna parte tenia el orden existente á su favor ni la bondad ni la justicia, y por esto debía derrumbarse á la primera arremetida.

(1) El discurso se encuentra en el suplemento de la *Deutsche Zeitung*, 1848, núm. 45.

En esta misma sesion surgieron una tras otra las profecías; el diputado Welcker dijo: «El tiempo corre á paso de carga. Antes que el sol de primavera derrita el hielo que cubre las cumbres de las sierras, el sol de primavera de los pueblos derretirá el de la reaccion. Prevénganse diques á fin de que el torrente no inunde campos y praderas. Acordémonos de estas palabras imperecederas de Niebuhr: El derecho de los pueblos es mas antiguo y mas sagrado que el de las dinastías. ¡Ojalá que nunca nos viéramos en el caso de recordar estas palabras! Si la representacion nacional no nos viene de arriba vendrá de otra parte, porque Dios no abandona á los que no se abandonan á sí mismos. Casi está destruido el sistema de la reaccion, y el tiempo, mas que nuestras palabras, apo-



Bassermann
(copia de una litografía de Schertle)

ya la proposicion pidiendo la representacion nacional.» El diputado Hecker dijo: «Esta proposicion formará época en la historia de Alemania. Expresa lo que las personas instruidas ya saben, lo que el pueblo siente; y si los ministros lo meditan, tendrán que confesar que es justa. El ministro de Negocios extranjeros (Dusch) dice que hemos entrado en un camino peligroso, pero nosotros decimos: «La forma que se quiere sostener aquí (en Alemania, en la confederacion, en los gobiernos) está carcomida, se romperá y sepultará bajo sus escombros la reaccion con todo su séquito.» La idea fecundísima de una fraternidad íntima y federal en el terreno del derecho, está viva en todos los países alemanes. Se ha formado al lado de la confederacion un poder por medio de conferencias aduaneras y legislativas, que son los rudimentos de una representacion nacional. La confederacion está desechada, pues la nacion le vuelve la espalda, y el camino emprendido conduce las simpatías de la nacion á la hegemonía de la Prusia. La Prusia estará á la cabeza de la Alemania. ¿Cuál es el espíritu del siglo XIX, espíritu que en las monarquías grandes desgasta en pocos años los ministros cuando antes estos servidores envejecían en sus puestos? Es la crítica, que escudriña y analiza lo pasado, que descubre sin lástima los defectos y flacos de las personas y cosas, que destruye la aureola de cuantos hombres y cosas se habían admitido como autoridades y que juzga lo presente por lo mejor de lo pasado. Esta crítica enseña á la nacion que no debe fiarse ya